



Psykhe

ISSN: 0717-0297

psykhe@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Molina, María Elisa
Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la
Identidad de la Mujer
Psykhe, vol. 15, núm. 2, noviembre, 2006, pp. 93-103
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=96715209>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer

Historical and Cultural Changes in the Conceptualization of Motherhood and Their Impact on Women's Identity

María Elisa Molina
Pontificia Universidad Católica de Chile

La noción de maternidad muestra una evolución histórica, particularmente en relación con la imagen de mujer y las nociones de crianza. El artículo revisa esa evolución y analiza los límites y posibilidades en la construcción de esta noción en la actualidad. Las transformaciones que ha experimentado este concepto, lo sitúan como un constructo social que ha tenido impacto en la definición de la identidad de la mujer y su posición en la sociedad. Los cambios que caracterizan la época postmoderna plantean nuevas demandas a la organización social. Esto ofrece nuevas direcciones a la concepción de maternidad que se construye en el diálogo colectivo y a la definición de la mujer tanto frente a sí misma como frente a la cultura.

Palabras Clave: *maternidad, mujer, crianza, construcción de significados.*

The conceptualization of motherhood has a historical development, particularly related with woman's image and childrearing ideas. This article attempts to review specific issues in this process and discusses constraints and possibilities for further construction of this notion at the present. The transformations of this concept through human history express the impact of this social construction on woman's identity and on her social position. The changes that take place at the postmodern era pose new demands on social organization. These dynamics offer new directions for the construction of motherhood that takes place in the collective dialogue and for women's definition both of their self-image and their role in society.

Keywords: *motherhood, woman, childrearing, meaning construction.*

El concepto de maternidad a lo largo de la historia, aparece como un conjunto de creencias y significados en permanente evolución, influidos por factores culturales y sociales, que han ido apoyándose en ideas en torno a la mujer, a la procreación y a la crianza, como vertientes que se encuentran y entrecruzan en la interpretación. Siendo la maternidad un concepto que se intercambia en el espacio social, su interpretación y repercusión en la experiencia individual es muy significativa, siendo por largo tiempo tal vez la investidura más poderosa para la autodefinición y autoevaluación de cada mujer, aún de aquellas que no son madres.

El presente trabajo revisa aspectos históricos de la cultura occidental que han incidido en diferentes

definiciones del concepto de madre y principalmente en aquellas que prevalecen en la actualidad. Para ello, se describe brevemente cómo han variado sus características y cualidades considerando los tres núcleos de significado señalados – mujer, procreación y crianza- a través de algunos periodos de la historia. Es particularmente interesante identificar aquellos significados culturales actualmente disponibles en el discurso social y su repercusión sobre la definición de sí mismas en madres y mujeres, como también en los fenómenos y procesos sociales relacionados.

Desde una concepción cultural y evolutiva de la psicología, es relevante considerar nuestro fenómeno en estudio como un proceso que transcurre con el tiempo. En la actualidad constatamos una multiplicidad de cambios, donde roles y patrones relacionales tradicionales sufren importantes transformaciones y surgen nuevas alternativas de definición de sí mismo. La definición de maternidad no queda fuera de este contexto en conjunto con otros hitos del desarrollo de la mujer. Así, a partir de este último siglo, las muje-

María Elisa Molina, Programa de Doctorado, Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. La autora agradece al Doctor Mauricio García por sus valiosos aportes en la redacción de este artículo. La correspondencia relativa a este artículo deberá ser enviada a la autora a Avda. Vicuña Mackenna 4860, Santiago, Chile. E-mail: msmolina@uc.cl

res no enfrentan la maternidad como un camino obligado o como una acción que está ya pautada, lo que se complementa con otros logros en ámbitos que en otras épocas pertenecieron sólo a hombres como en lo laboral, político y científico y que por razones de extensión no podrán ser tratados en este artículo. Sin embargo, estos logros enfrentan a su vez nuevos obstáculos donde se genera tensión y las posibilidades de crecimiento se limitan. Cuáles son esos límites y cuáles esas posibilidades es lo que se pretende abordar en este ensayo.

Por otra parte, las transformaciones que han tomado gran intensidad en el último siglo, no responden a una condición de la actualidad sino de toda la historia humana. Considerar una comprensión histórica del concepto de maternidad no sólo aporta con un panorama amplio de las múltiples perspectivas y significados que éste ha tomado en el pasado sino que nos sitúa en una perspectiva evolutiva hacia el futuro, presentes en el acto de co-construcción que empuja nuevos significados, abriendo caminos en la incertidumbre.

La Madre en la Mitología y la Cultura Griega

De acuerdo a Jung *la diosa* representa un arquetipo femenino, conectando a las mujeres a una cadena milenaria de significados en torno a su identidad. La presencia de deidades hembras aparece como preponderante en un periodo muy antiguo de nuestra historia, época que según hallazgos arqueológicos parece haberse caracterizado por sociedades organizadas, de paz y prosperidad con una evolución social, tecnológica y cultural en ascenso. Algunos teóricos, se han basado en la existencia de dichas deidades y en la forma de vida sedentaria, pacífica y ligada a la tierra como indicadores de una organización “matriarcal” (Beauvoir, 1970; Devereux, 1989; Salamovich, 2000). Según Eisler (1996) parece lógico que nuestros ancestros, al observar que la vida emerge del cuerpo de la mujer, buscaran las respuestas a preguntas centrales acerca de la vida y de la muerte en esos símbolos. En esta era, la participación del padre en la procreación era ignorada, mientras era evidente la de la mujer, quien conservaba y nutría el germen en su seno y propagaba la vida de su clan en el mundo visible. De esta perspectiva el universo es visto como una Madre bondadosa que todo lo da y que la tierra en su fertilidad represente a la mujer. Según Eisler, aquella organización no se basa en modelos de dominación, sino que se rige

por un principio de vinculación que basa las relaciones sociales en un modelo solidario. Esta cultura arcaica es superada por la invasión de pueblos guerreros que impone un modelo dominador patriarcal. La *diosa* se convierte en una esposa subordinada dividiendo sus cualidades entre múltiples diosas. Las múltiples diosas representan dimensiones femeninas complejas y multifacéticas.

Las *diosas vírgenes* (Artemisa, Atenea y Hestia) representan en la mitología griega la cualidad de la independencia y la capacidad de centrar la conciencia en lo que tiene sentido para ellas. Ellas amplían los atributos femeninos para incluir la competencia y la autosuficiencia. En cambio, las *diosas vulnerables* (Hera, Démeter y Perséfone) encarnan los papeles tradicionales de esposa, madre e hija, expresando las necesidades de afiliación y vinculación. Estas diosas son violadas, dominadas o humilladas por dioses masculinos. En la cultura griega la mujer virtuosa es la esposa fiel, sometida al esposo – que pierde su pureza en las relaciones sexuales y debe someterse a “purificación” para recuperar temporalmente la pureza de la virgen (Salamovich, 2000).

Démeter, diosa de las cosechas, representa la maternidad. Su cualidad es la generosidad que encuentra satisfacción en el cuidado y nutrición de otros. Ella estimula, hace crecer, acompaña procesos para reconocer y desplegar recursos de otros o propios. Según Devereux (1989), los griegos integran a su religión a las diosas célibes pre-helénicas (período matriarcal) asociando sus cualidades a la *Madre* y dejan disociada la parte menos integrada al patriarcado, que representa la diosa Afrodita. Afrodita, diosa del amor, la belleza y la sensualidad, entabla relaciones por decisión propia y nunca es victimizada.

La Prostituta

La mujer célibe pre-helénica (παρθενος), virgen (pero no siempre virgen), es libre con su cuerpo, una salvaje que es necesario “domar” a través de la defloración. Esta concepción de mujer tiene prestigio en la época pre-helénica. Sin embargo, según Devereux (1989), los griegos no hacen una integración eficaz de la sexualidad, sacralizando la figura de παρθενος arcaica y convirtiéndola en la “santa mujer”. Así la función de Afrodita como diosa de la procreación queda subordinada por completo a su vocación puramente erótica.

Por otra parte, los griegos transforman la visión original de la procreación sosteniendo que es el pa-

dre quien engendra, mientras la madre sólo cumple una función de nodriza del germen depositado en sus entrañas. Al respecto Beauvoir señala: “Dedicada a la procreación y a tareas secundarias, despojada de su importancia práctica y de su prestigio místico, la mujer ya solo aparece como una sirvienta” (Beauvoir, 1970, p.106).

La Madre Judeo Cristiana

La teología cristiana con sus raíces en el judaísmo tiene profundas consecuencias en la historia de la mujer. Las primeras provienen del Génesis que muestra una imagen de Eva, susceptible a la tentación y culpable de la desventura de Adán. La mujer del Antiguo Testamento es hueca, débil y caprichosa. En el s. IV, con la influencia de San Agustín, la mujer es vista como un símbolo del mal, “una bestia que no es ni firme ni estable, llena de odio, que alimenta de locura... fuente de todas las disputas, querellas e iniquidades” (Badinter, 1981, p. 11).

En la Epístola a Los Efesios, según Badinter, San Pablo distorsiona la teología igualitaria de Cristo y se establece la jerarquía del hombre sobre la mujer. El padre-esposo recibe de Dios ese legado de poder, con lo cual la moral de la Iglesia enfatiza la subordinación de la mujer al esposo. El nacimiento mismo de Eva no es autónomo, Dios no elige espontáneamente crearla, sino que está destinada al hombre, para salvarle de su soledad. Ella encarna la carencia del hombre, quien espera realizarse a través de ella. Su lugar en la sociedad sería asignado por él, siendo condenada por éste a desempeñar el papel del ‘Otro’. Aquí él estaría transfiriendo una parte de su existencia a la naturaleza y a la mujer, pero la recuperaría por su acción de dominio (Beauvoir, 1970; Duby & Perrot, 1992).

Estas visiones van conformando un marco de significados de lo femenino, que requieren de una especie de expiación para que la mujer pueda ser integrada a la sociedad ya que ella es indispensable para su prosperidad. La virgen consagrada y la esposa casta y dócil con una vida de devoción al hijo ofrecen un marco para revalorizar lo femenino necesario para la vida y el orden en la sociedad. La figura de la Virgen María constituye una fuente primordial de identificación y revalorización de la mujer. Ella es vista desde ópticas opresoras y liberadoras, indistintamente. Para Montecinos (1993), el marianismo es un símbolo universal, que en el caso de América Latina adquiere particularidades del *ethos* cultural, para homologar la figura de la Virgen a las mujeres

populares como: “... una María erguida apurando el cáliz del sufrimiento al pie de la cruz. mujer fuerte... ejemplo de tantas otras, cargadas de hijos y dolores, que cargan también la cruz del pueblo pobre y le ayudan a caminar” (Del Prado, 1986 citado en Montecinos, 1993).

Así, ella da valor a la experiencia de muchas mujeres connotando sus vidas como camino de transformación social, participación y dignificación de la mujer. Según esta autora, María permite recuperar la grandeza de la mujer porque disuelve la tensión entre la cultura femenina y la patriarcal, al hacer posible, por su mediación, la encarnación de Dios en la historia.

Montecinos (1993) además plantea que el mito mariano resuelve nuestro problema de origen latinoamericano –ser hijos de una madre india y de un padre español- al entregarnos una identidad inequívoca en una madre común. La influencia de la imagería mariana entregaría una identidad a la mujer, “lo mater” y otra al hombre, “lo hijo”. Según Montecinos, esta sobre identificación de madre y mujer tendría profundas consecuencias en nuestra cultura, un vacío del padre y de lo femenino y masculino como entidades sexuadas.

La Madre de la Edad Media

Considerando los aportes de Duby y Perrot (1992) a partir de su investigación histórica acerca de las mujeres, cabe señalar algunos hitos relevantes para el desarrollo de la concepción de maternidad en la Edad media. Basándose en interpretaciones de la Biblia y consideraciones morales surgidas de los clérigos, la Edad Media entre los siglos IX y XIV en Europa, es probablemente uno de los períodos más misóginos de la historia.

Tomando en primer lugar las interpretaciones del Génesis, como ya se ha señalado, Eva es vista en extremo culpable casi incluso de matar al Salvador. El rasgo más resaltado es dejarse seducir por la serpiente y arrastrar al hombre a la desobediencia. Por esto ella carga con la mayor parte de las maldiciones de Yahvé. “Multiplicaré tus dolores en tus preñeces, con dolor parirás tus hijos y estarás bajo la potestad de tu marido y él te dominará” (Génesis 3:16).

Este primer incidente bíblico, que muestra como, este “sexo” con su persuasión ha abusado del primer hombre Adán, y lo ha empujado a la transgresión incluyéndolo en la muerte, es homologado a un segundo episodio en el Nuevo Testamento, el de la mujer portera, que con su pregunta induce al após-

tol Pedro a la negación, excluyéndolo de la vida de Cristo. Estas interpretaciones muestran además como la mujer es asociada a fuerzas misteriosas de la vida y de la muerte en muchas culturas.

La visión negativa extrema de esta época y la contradicción que vive respecto de la figura femenina, se refleja en la evitación a pronunciar el nombre de Eva, sino como algo innombrable, porque una parte de Eva es la desgracia pero otra parte es la vida. En algún sentido evocando a María, Agustín (s. IV) dice "Por la mujer la muerte, por la mujer la vida" (Duby & Perrot, 1992, p. 38). Sin embargo en la Edad Media, el puente entre Eva y María estaría temporalmente roto. A una Eva innominada se impone una María inaccesible, alejándola por su maternidad virginal, como modelo cercano a las mujeres.

En esta valoración extrema de la virginidad, la mujer casada y viuda sólo puede optar a ser una buena mujer pero se encuentra en desventaja frente a la virgen. No está claro el camino de salvación que tienen las mujeres casadas, su opción es sólo penitencia y arrepentimiento. Parece haber en la cultura de la época, particularmente en los varones, una especie de aversión al ingreso a la vida, lo que confluye a la exacerbación de la virginidad como virtud. Con la virginidad se puede por una parte, prevenir la concepción como un atentado al pudor y el nacimiento como atentado a la vida. El propio S. Agustín se lamenta "nacemos en medio de la orina y de las heces" (Duby & Perrot, 1992, p. 37).

La doctrina del amor conyugal también expresa el desequilibrio entre marido y esposa. Al amor perfecto de la esposa, el marido debe contraponer un amor moderado. El hombre debe amar con juicio no con afecto, sin perder su racionalidad. El marido es más amado porque es más virtuoso y la mujer recibe la cantidad de afecto proporcional a su naturaleza inferior.

El discurso en torno a la maternidad está dominado por los aspectos más fisiológicos de la función: procreación, gestación, parto y amamantamiento, reafirmando para la madre la función puramente nutritiva, que la naturaleza le ha asignado visiblemente. La obligación primera de la mujer respecto a la prole es la de traerla al mundo: "engendrar hijos de modo continuado y hasta la muerte" (expresión del dominico Nicolás de Gorran [m. 1296], citado en Duby & Perrot, 1992, p. 150). La esterilidad es vivida como condenación y como punto de ruptura de la unión de la pareja. La procreación legitima la relación conyugal. A la fidelidad casi obligada y fisiológica de la mujer, que culmina en la reproducción legítima,

corresponde una fidelidad menos vinculante pero más virtuosa del hombre.

El amor de las madres a los hijos es visto como algo evidente, bajo el supuesto que ella siente mayor placer al amar que al ser amada. Este sin embargo, es otro aspecto de su minusvalía y debilidad por ser un amor carnal, pasional, que privilegia los cuerpos, es decir la salud y bienestar de los hijos, corriendo el riesgo de perder las almas. Paralelamente el papel pedagógico que se le asigna a la madre es insignificante. Así, una vez que un niño ha superado el período de primera infancia, en el cual las exigencias biológicas son mayores, la atención tiende a desplazarse hacia el padre. La educación de la prole, constituye una responsabilidad paterna, mientras que los temas de salvación espiritual y control de los comportamientos morales son atribuciones maternas. En estas circunstancias, el ámbito que aparece como privilegiado de la pedagogía materna es en relación con las hijas, en la cual su tarea es de vigilancia y control de la sexualidad de éstas, reproduciendo con ellas la actitud represiva de la que ha sido objeto, para preservar el cuerpo femenino de todo aquello que mancille su valor fundamental, la castidad.

La Madre de la Era Romántica

Antes de la Revolución Francesa, la maternidad no es entendida como un compromiso con las necesidades de afecto en el niño, sino como función procreadora. Los niños son vistos como seres extraños y animalescos, demoníacos, capaces de lastimar a otros y a sí mismos. El castigo físico está validado como disciplina y el cuidado es entregado a terceros, que generalmente son mujeres porque ocupan un lugar inferior. La crianza infantil a diferencia de dar a luz no confiere ni honor ni jerarquía. El trato a los hijos difiere según su utilidad económica, como trabajador o posible aporte a través de alianzas matrimoniales. Los niños son poco valiosos, adquiriendo valor social sólo como adultos. A los seis años ya no son considerados cargas molestas, ya que aportan a la economía del hogar y deben actuar de acuerdo al rango social de sus padres en la sociedad adulta. Los padres invierten tanto tiempo y recursos en los niños como el que esperan de vuelta.

Entre los s. XVII y XVIII se produce un cambio en ciertos grupos de la burguesía y aristocracia, que empiezan a considerar al niño como inocente y necesitado de protección. Rousseau que contribuye a inspirar el movimiento romántico en la Revolución

Francesa (1789), señala a la maternidad como un objetivo central en la vida de las mujeres, apoyando teorías biológicas de la maternidad como instintiva. El nuevo concepto de “inocencia” infantil permite cambiar hábitos (ropas especiales, juguetes, negativa a azotarlos, lactancia materna, abandono de las fajas). Sin embargo muchas veces el cariño está mezclado con agresión y miedo. La moral puritana de la cultura inglesa transmite la idea que los niños necesitan ser “redimidos”, “reformados” por una estricta disciplina de castigos, instrucción religiosa y participación en la vida laboral. Los criterios de crianza son responsabilidad de los padres, la Iglesia y la comunidad, no de las madres. Las esposas son valoradas por su fertilidad, no por su capacidad para criar niños (Badinter, 1981; Carter, 1999; Hays, 1998).

Separación Ideológica del Hogar y el Mundo

Los cambios de la revolución industrial marcan las diferencias entre el ámbito privado del hogar –lugar cálido, solícito, comunitario– y el público del trabajo fuera de éste –frío, competitivo e individualista. El trabajo a sueldo va reemplazando a la agricultura como forma de vida y los hombres se asocian a la vida pública, mientras que las mujeres permanecen en el dominio privado del hogar. Es en este momento cuando la mujer como responsable del mundo privado queda a cargo de la crianza de los niños y de proveer los cuidados médicos a la familia. Para los pobres, inmigrantes y gente de la clase obrera, sin embargo hay poca separación entre mundo público y privado, los hijos siguen siendo trabajadores y las madres no tienen mucho tiempo para ser cariñosas guardianas. Estas mujeres no desarrollan una conciencia particular de sí mismas como madres y siguen viéndose como tontas o desviadas (Badinter, 1981; Carter, 1999).

La Madre de la Era Moderna

La Crianza Como Empresa Científica y la Idealización de la Maternidad

Hacia fines del s. XIX, la nueva soberanía de la razón y la lógica, el desarrollo científico y sus métodos, empieza a dominar la medicina, la administración pública y doméstica, la crianza y todos los ámbitos de la sociedad. Con ello, las mujeres pierden su rol como proveedoras de salud y cuidados en la familia y los instintos, la virtud y cariño maternales parecen ya ser insuficientes. La crianza como em-

presa científica plantea nuevas doctrinas respecto a horarios, hábitos y conductas. Las mujeres, que son vistas como incompetentes para el cuidado de los niños, indulgentes, irracionales y emotivas deben ser formadas para la crianza. El niño, cuya crianza adquiere importancia, deja de ser visto como inocente y vuelve a ser considerado lleno de impulsos peligrosos. A la tarea de crianza se suman los esfuerzos del Estado: técnicas científicas, leyes de escolaridad, movimiento de los jardines infantiles, tribunales de menores. En las familias pobres aumenta la presión por que las madres permanezcan durante la etapa temprana de la infancia junto a sus hijos y salgan más tarde a trabajar (Badinter, 1981; Hays, 1998).

En la segunda mitad del s. XIX se identifica *maternidad con la crianza*. En el s. XX en Estados Unidos las mujeres se organizan en la necesidad de una nueva visión del ideal romántico lo que irónicamente se realiza en el concepto de “esposa dueña de casa” (*housewife*) donde existe una valoración simultánea del hogar y la maternidad. Las mujeres defienden su valor como encargadas de la crianza de los futuros ciudadanos de la república y demandan educación para ser formadas en la razón. Surge el culto a lo doméstico donde las mujeres aparecen protegidas en este contexto privado bajo creencias de la *Maternidad como moral*: La madre tiene la tarea de ofrecer apoyo moral y emocional a sus esposos e hijos colaborando a la formación de una sociedad más virtuosa, como guardiana de la moral. Desde esta perspectiva, la maternidad es vista como una posición social por la contribución al bienestar social (Hays, 1998).

La crianza pasa a ser así una tarea para quien mejor la cumple, que es la madre individual, lo que se asume en la ideología de la *Maternidad exclusiva*. La presencia constante de la madre es irremplazable para proporcionar una experiencia temprana constructiva, siendo el padre no directamente importante. Esto lleva otra creencia, la *Maternidad intensiva*, como compromiso que requiere dedicación total, gran inversión de energía y recursos, conocimiento, capacidad de amor, vigilancia de su propio comportamiento y subordinación de los propios deseos. Es una tarea de sacrificios pero al mismo tiempo su realización es una recompensa. A la base está la lógica de la crianza generosa (Hays, 1998).

La atención explícita del carácter moral del niño, va ampliándose a una dedicación a su desarrollo físico, emotivo, cognitivo y conductual. Las teorías psicoanalíticas (Araya & Bitrán, 1995), del desarrollo

de Piaget (1967, 1975) y de apego (Bowlby, 1954, 1986; Fonagy, 1997, 2001) son una expresión de esta cultura. La tarea de las madres es ahora entender a cada hijo como individuo, estar atenta a su estadio de desarrollo, ser objetiva y reflexiva para responder a sus necesidades.

Estos planteamientos contribuyen a dar relevancia a la madre en el desarrollo sano del hijo. La teoría del apego (Bowlby, 1954, 1986; Fonagy, 1997, 2001), enfatiza las primeras interacciones entre el niño y el adulto encargado de su cuidado (por lo general la madre) como cruciales en el tipo de relación afectiva que se tendrá como adulto con los demás. Desde esta perspectiva, cualidades sanas y positivas de relación y respuesta afectiva en la vida adulta, serían consecuencia de una buena calidad del cuidado materno –capacidad de respuesta sensible, de alivio de la angustia, de estimulación moderada, calidez, sincronía interaccional e involucramiento. Por otra parte, rasgos de personalidad negativos y trastornos psicológicos de la madre tendrían repercusiones negativas en el desarrollo de los hijos. La perspectiva causal que se desprende entre factores maternos y de crianza contribuye a asociar significados de alta responsabilidad, gravitación y peso a la tarea que asume una mujer con la maternidad. Este discurso sin embargo, muestra ciertas contradicciones. Por una parte entrega gran responsabilidad a la función materna y por otra, genera una especie de apropiación de las funciones parentales de parte de los expertos. Otra consecuencia de esta visión es que se establecen criterios de “buena” y “mala” madre, dando inicio a la “maternidad como patología”. Se genera la ideología de la *madre omnipotente*. Esta es la madre idealizada y perfecta, la que puede lograr resultados perfectos para el desarrollo del hijo y la proveedora del cuidado de la familia, de todo lo bueno y deseable para el niño. Por el contrario, los resultados negativos en el desarrollo del niño, los desórdenes psicológicos individuales y los males sociales son debidos a las malas prácticas maternas y ella es culpable por ello (Hays, 1998; Rapoport, Strelitz & Kew, 1977).

En la cultura de la madre idealizada, las creencias llevan implícita la identificación entre *mujer* y *madre*. La maternidad es el objetivo central en la vida de las mujeres y la naturaleza femenina es condición de la maternidad. Las mujeres son consideradas con una capacidad natural de amor, de estar conectadas y empatizar con otros, señalando a la personalidad femenina como un modelo para un mundo más humano. La maternidad además cum-

ple una función de satisfacción de deseos inconscientes y recompensa para la propia madre, existiendo una complementariedad de las necesidades de madre e hijo. Una consecuencia de esto es la socialización de los hombres como no nutricios (Hays, 1998; Rapoport, et al. 1977).

Otra consecuencia de la maternidad omnipotente es la madre *asexualada* (Flax, 1997; Hays, 1998). La sexualidad femenina fuera de los circuitos de la reproducción o de la disposición a la relación con otros, parece así amenazante. Muchos tienen problemas con la idea de ser objeto de los deseos femeninos o que algunas veces las mujeres experimenten el sexo como un fin en sí mismo. Según Flax (1997) esto responde al terror frente al poder de la madre sobre la vida y la muerte (aborto) y de rehusarse a la procreación. La negación de este temor llevaría a la continuidad de identidad de madre a hija como una influencia benéfica en la constitución de la subjetividad femenina. Esta dinámica serviría como base para visualizar a esa conexión y empatía con otros como fortalezas o virtudes propias de la subjetividad femenina.

Un indicador de la desexualización de la maternidad, sería la falta de cuestionamiento sobre cómo la madre quedó embarazada, lo que lleva a asumir automáticamente la existencia en alguna parte de un hombre/padre/esposo que permanece no perturbado. En inglés existe el curioso término “*single mother*” (madre singular) negando directamente la condición de estar en relación con algún otro, lo que la lleva a una forma desviada de maternidad que opera sin paternidad (Flax, 1997).

Según el psicoanálisis, el niño descubre en el complejo de Edipo que la madre tiene un deseo de otro, el padre y que para disminuir el dolor de esto, escinde la figura entre la “madre ideal” y la “prostituta” (Freud, 1910). Una consecuencia sería la dificultad de representarse a la madre como mujer sexualizada. Flax (1997) plantea que la desexualización de la madre lleva a una falta de deseo dirigido hacia el hijo, negando la carga erótica de la maternidad, la intimidad corporal y el placer de esa clase de conocimiento con otro. Ella cuestiona si bajo estas condiciones, los hijos desarrollan la idea de que ellos pueden ser un objeto de deseo de la madre tal como ella es de ellos.

La Visión Permisiva: El Método Centrado en el Niño

En Estados Unidos después de los años 30 vuelve a dominar el discurso de los niños inocentes y el

amor materno como factor central de la crianza. Se propone que se debe permitir a los niños establecer sus horarios y estilos de alimentación y sueño. La obediencia sin variantes no es deseable y el entrenamiento no debe ser demasiado estricto. En este período, la crianza se centra en el niño en el sentido de estar guiada por sus necesidades y deseos en lugar de exigirles una conducta adulta. Ya que se está plenamente en la cultura de los expertos, las ideas permisivas del Dr. Spock tienen una gran influencia en esta nueva visión de la crianza, que propone basándose en el afecto materno, permitirle al niño amplio espacio para expresar sus deseos y necesidades. Esta ideología según Hays (1998), persiste hasta hoy, resistiendo las críticas de quienes rechazan una generación de niños malcriados y hedonistas que carecen de fortaleza moral y reciedumbre necesarios para el trabajo duro y la abnegación.

La Madre de la Era Postmoderna

De acuerdo al sociólogo Alain Ehrenberg (2000) la sociedad actual ha ido dejando los criterios de la primera mitad del s. XX basados en un modelo disciplinario de lo permitido y lo prohibido, ampliando las visiones, la libertad de elección y fomentando la realización personal. La autoridad tradicional queda en tela de juicio y surgen ya no normas o patrones específicos de crianza sino múltiples posibilidades frente a las cuales elegir (Ehrenberg, 2000; Gergen, 1991).

En este contexto se aprecia una prevalencia del discurso moderno sobre maternidad (Hays, 1998) conjuntamente con la emergencia de nuevas ideas que surgen como visiones opuestas. Se origina por ejemplo, una contradicción entre crianza *intensiva del niño* y el *ethos* de las relaciones impersonales y competitivas en la búsqueda de ganancias individuales. Desde este punto de vista la maternidad empieza a ser contraria a realización personal. Se disminuye el número de hijos y la opción laboral y actividades fuera del hogar aumentan como tema de la mujer y las madres. La postergación de la maternidad empieza a ser aceptada lo que se evidencia en una ampliación de la brecha generacional (Burin, 1998).

La crianza propiamente empieza a considerarse como una tarea colectiva. Se plantean nuevas formas de definir los roles parentales y de género en la familia (Burin, 1998; Hays, 1998). Un ejemplo de esto son las licencias postnatales que se están otorgando a los padres en algunos países, siendo incluso

considerada en el programa legislativo chileno. Otro ejemplo es la explosión de instituciones de colaboración en distintos planos de la crianza.

Esta complejización de las concepciones en torno a la maternidad y la apertura de posibilidades para la mujer empieza a considerar a la función materna como menos positiva y menos atractiva que en otras épocas. No solo no queda claramente establecido como un rol que valoriza a la mujer, sino que además los propios hijos empiezan a ser vistos como carga y considerados como interfiriendo en las motivaciones de realización profesional y deseos de tener una acción en la sociedad (Araya & Bitrán, 1995; Burin, 1998). Por otra parte las nuevas y crecientes problemáticas que vive la infancia y la juventud actual (problemas conductuales, violencia, adicciones a drogas y alcohol, sexualidad precoz, comportamiento antisocial, etc.), ya no son vistas solo como falla materna. De algún modo volvemos a la visión en que el niño no es inocente y tal vez retornamos a algunos rasgos antiguos que hacen sentirse al adulto amenazado, desconfiado y lo cuestionan entre tomar acciones de cuidado, entrega, provisión y cercanía, o defensa, represión, indiferencia y distancia (Bertoglia, 2004).

Dinámicas de la Postmodernidad

Los conceptos relativos a la maternidad en la época actual están inmersos en las características sociales y culturales propias de la era postmoderna. Para explorar los efectos de esta cultura, se consideran algunos de los intentos por conceptualizar estas transformaciones, propuestos por Ehrenberg (2000) y Gergen (1991; McNamee & Gergen, 1999).

Según Gergen (1991) debido a la influencia de la tecnología, la definición del sí mismo experimenta una serie de transformaciones, hacia una visión múltiple, donde los límites del yo y el concepto de persona individual pierden coherencia. El yo no es una esencia, algo unitario, sino un producto de las relaciones en que las personas están insertas por distintos medios. Lo que surge es el yo relacional, no inmerso en una realidad individual e interna sino en el espacio de relación con otros. Este fenómeno, desplegado en una época donde se asiste a una amplia proliferación de relaciones sociales, caracterizadas por la superficialidad y transitoriedad, lleva como consecuencia psicológica la *saturación social*, donde se multiplican los patrones de comparación disponibles en la cultura afectándose las vidas individuales.

Estos fenómenos llevarían a la escisión del individuo en una multiplicidad de investiduras de su yo, lo que Gergen denomina *multifrenia*, y que, junto con ofrecer múltiples posibilidades, genera sentimientos de deber permanente, dudas sobre sí mismo y sensación de insuficiencia, requiriendo a su vez de nuevas capacidades, para enfrentar la contradicción, como tolerancia a la ambigüedad identitaria, auto cuestionamiento y aceptación de las múltiples racionalidades posibles (Gergen, 1991).

Ehrenberg (2000) coincide en proponer que la generación de sentimientos de insuficiencia sería una consecuencia psicológica de la posmodernidad. Sin embargo, no liga este fenómeno directamente a la saturación social, sino que por el contrario, considera que se genera por una prioridad de la iniciativa y acción individual. Para Ehrenberg la propia identidad se encuentra amenazada por un cambio de paradigma desde un lenguaje normativo a otro de posibilidad. El individuo se ha emancipado aparentemente de las limitaciones impuestas por las normas culturales, pero se encuentra atrapado en el enfrentamiento entre lo posible y lo imposible. Existiría un cuestionamiento en torno a la identidad estrechamente ligado a la acción.

De este modo, la persona enfrentaría la exigencia de hacerse responsable de una vida de discernimiento, iniciativa y acción autónoma experimentando vivencias de inseguridad en torno a la identidad. Este análisis parece coherente para abordar la imagen actual de la madre en un contexto de aumento de posibilidades y exigencias en torno al rol, mientras disminuyen las pautas. En esta tarea de definición de sí misma como madre, al mismo tiempo la mujer enfrenta la alta demanda de una infancia y juventud sometidas a los cambios culturales mencionados y a la presión de situaciones como la cultura permisiva, dificultades en el desarrollo, riesgos de todo tipo, el cuestionamiento de la opción parental y aumento de comportamiento parental desviado como maltrato, negligencia y abuso sexual.

Según Ehrenberg (2000) una consecuencia de estos fenómenos en las madres es la depresión, que se presenta ya no como una patología, sino como una respuesta de personas comunes y corrientes a los sentimientos de insuficiencia frente a responsabilidades que no se cree poder sobrellevar. Por una parte están todos los derechos que se perciben como adquiridos en una era que se plantea como llena de posibilidades y de conquistas para la mujer y por otra se carga con las exigencias de los valores modernos de maternidad. Este mismo autor plantea que

existe una nueva estructura social caracterizada por el debilitamiento de los lazos sociales, lazos más diversos, pero más superficiales y la privatización de la existencia, donde la acción pública se realiza en el contexto del mundo individual, en que los grupos organizados, los principios y valores colectivos pierden relevancia. Se pierde el límite entre lo público y lo privado, entendidos como espacios o contextos de la vida cotidiana. Este fenómeno es claro si lo llevamos al ámbito de la crianza: se crean instituciones de salud, administración pública, social, legal, que en algún sentido se introducen en la vida individual y las relaciones familiares y reemplazan o complementan funciones que en otro tiempo eran realizadas únicamente en contextos privados y construyen nuevas formas de acción social destinadas a abordar necesidades que aparecen no cubiertas suficientemente por los roles tradicionales.

La mujer postmoderna se desempeña en el espacio privado y público, en climas de competencia e individualismo, donde encuentra los antivalores de los cuales el ambiente privado de la era romántica la pretendía defender. En este escenario, tomando las ideas de Ehrenberg ella quedaría desprotegida como individuo en el espacio público, y de acuerdo a lo planteado por Gergen quedaría vulnerable a las interacciones intensas e inestables, expuesta a solipsismo psicológico y confusión en torno a la identidad.

Sin embargo Gergen va más allá, planteando en el yo relacional también respuestas hacia formas de vida más armónicas (McNamee & Gergen, 1999). A la crisis que experimenta la identidad individual como estructura interna con límites definidos, se agregan nuevas formas de comprensión de la mente humana, como procesos internos y subjetivos, pero además como intersubjetiva y relacional. Surge una nueva dimensión en la experiencia psicológica que corresponde a un dominio de comprensión compartida entre dos o más personas, lo que acontece en el espacio intersubjetivo (Marková, 2003). Esta noción ofrece una nueva visión acerca de las relaciones interpersonales y su relevancia como procesos humanos.

McNamee y Gergen (1999) apoyan la tesis de los fenómenos relacionales, proponiendo el concepto de responsabilidad relacional como opuesto a las tendencias individualistas. Ellos plantean que los fenómenos relacionales son los que permiten participar en la definición de los nuevos conceptos de la posmodernidad donde cada concepto es un movimiento potencial en una conversación, generando un nuevo sentido de realidad y de acciones posi-

bles. Su contribución al tema de la responsabilidad es que en la medida que las relaciones sociales van asumiéndose como una realidad en el nuevo discurso postmoderno, la tendencia a culpabilizar la conducta individual es reducida.

Al detenerse sobre esta dimensión relacional planteada como proceso de la vida humana, surge la comparación con cualidades que en otros contextos y épocas históricas son vistas como propias de lo femenino y de la maternidad. Haciendo referencia a lo señalado previamente en este artículo, la capacidad de relación, de empatía y de apertura a otros, aparecen como distintivas de la naturaleza femenina y en particular de la diosa griega Demeter, quien simboliza la maternidad. Ésta, que aparece como una condición esencial de lo femenino y materno, es puesta por los teóricos socio-construccionistas como una condición de la naturaleza social de la construcción de significados, que lleva a formas novedosas y más positivas de experiencia y actúa contra formas de “mal” individualismo que dan prioridad a los aspectos no relacionales del sí mismo (Flax, 1997). Igualmente podemos plantear aquí que la crisis de identidad femenina puede apuntar a que rasgos tradicionalmente atribuidos únicamente a la mujer pierden esa cualidad.

En este contexto se desenvuelve la madre postmoderna, con nuevos parámetros de evaluación, nuevas formas de participar en el juego social que generan nuevos vocabularios (coordinadora, acuerdo, movimiento social, movilización, redes, mesa de diálogo, reconciliación), la maternidad queda menos señalada como única condición definitoria del sí mismo de la mujer y de su valor como persona.

En síntesis, podemos asistir a distintos escenarios posibles: de madres agobiadas y deprimidas por el exceso de responsabilidad, confusas frente a los múltiples roles que deben desempeñar (profesional, laboral, familiar, de pareja, social), de visiones que deben enfrentar, exigidas a dar respuestas eficaces, pero también madres participantes en un ambiente colectivo, que adquieren nuevos repertorios para desenvolverse y crean espacios de experiencia e interacción, alcanzando nuevas comprensiones para los temas de la vida cotidiana, de la crianza, de su rol de madre, de actor en la sociedad y de sí mismas.

Discusión

La revisión histórica del concepto de maternidad demuestra las transformaciones que ha tenido esta noción a lo largo de siglos, y sus consecuen-

cias en la experiencia subjetiva y ejercicio de la crianza. Estos cambios reflejan la influencia de procesos culturales, que se juegan en el intercambio social, quedando de manifiesto que lo que se considera como válido en un momento determinado proviene de tradiciones, que tienen contextos temporales y espaciales particulares. Al revisar la literatura, Maternidad aparece como un complejo de significados particularmente rico por su relevancia para la vida humana, la cultura y la psicología individual en cada momento de la historia a lo largo de su evolución.

Como parte de la complejidad de este proceso, los significados asociados a madre y mujer parecen haber ido entrecruzándose. La carga histórica de la mujer como sexo sometido, desvalorizado, demonizado algunas veces (Beauvoir, 1970; Duby & Perrot, 1992), la lucha por defender el propio valor y la utilización de las cualidades de la maternidad en esa lucha (Badinter, 1981; Carter, 1999; Hays, 1998), son hitos en la interpretación que se han dado a la condición de madre. Así, apoyándose de diversas formas en cualidades asociadas a la maternidad realizándola como atributo de valor de la identidad femenina, las mujeres han generado estrategias para reafirmar su propio valor como género. Con esto, al mismo tiempo lo femenino ha quedado disociado, dejando fuera de sus significados los aspectos menos asumidos por la sociedad, los que son considerados como peligrosos (por ejemplo la sexualidad), ya que no son útiles para transformar las imágenes negativas que provienen de distintos discursos y rigurosa evidencia (Flax, 1997).

La mistificación que adquiere la condición de madre en la cultura griega y judeo cristiana también ha contribuido a que esta dimensión de la experiencia humana haya sido “sellada a fuego” en la subjetividad femenina. Sorprende la cantidad de elaboración conceptual que impone a la maternidad una gran e ineludible responsabilidad, que va más allá de sólo engendrar niños y criarlos, comprendiendo un compromiso con la preservación de la condición humana y la cultura en su sentido más amplio.

Como se ha señalado, la era postmoderna parece ofrecer un escenario nuevo a los esfuerzos de la mujer por superar su situación de inferioridad (Burin, 1998; Ehrenberg, 2000; Gergen 1991). En el contexto de las múltiples investiduras del sí mismo, la identidad de madre —como una de esas investiduras— se relativiza y pierde centralidad. El valor de la mujer deja de estar puesto casi totalmente en la procreación y la crianza, tareas que empiezan a ser consideradas como opciones a las que se puede renunciar.

Sin embargo, no está claro que se haya desvanecido la identidad madre-mujer o que se la haya liberado de demandas milenarias, concediéndole una valoración que parece haber quedado perdida en algún momento muy remoto de nuestra historia.

Sin embargo, pareciera que en la actualidad la noción de maternidad no logra unificar significados congruentes enfatizando una función cargada de responsabilidad individual, al mismo tiempo que nuevas posibilidades de experiencia y autorrealización para la mujer. La madre del discurso social parece continuar fuertemente asociada a concepciones heredadas de la era moderna normativa, con ideas de maternidad omnipotente e intensiva, como las más preponderantes. Mientras que la mujer es la que aparece abriéndose paso hacia nuevos “valores” de autorrealización y autosatisfacción, donde la función materna parece tener poco espacio, quedando esta última en una posición opuesta a la imagen de mujer, generando contradicción en torno a la propia identidad y posibles trastornos en el desempeño individual general y de la función de procreación, nutrición, crianza y educación propiamente tales. Si se toma esta perspectiva las opciones vitales pueden ser vistas como excluyentes: ser madre renunciando a las posibilidades y libertades como mujer o buscar desarrollarse (como pareja, profesional o trabajadora) abriéndose a los nuevos ofrecimientos sociales, renunciando o postergando la procreación y la maternidad. En el segundo caso se es vista como dando prioridad al propio placer. Pareciera una paradoja sin salida (o madre o mujer), que de alguna manera se genera en una concepción de maternidad aún bajo los parámetros modernos: rígida, omnipotente, exclusiva e intensiva.

Para defender estos valores modernos, una sociedad que ofrece amplias posibilidades a la mujer parece amenazante y los discursos pueden retornar con renovada intensidad a narrativas históricas respecto de comportamientos moralmente reprochables, estilos viciosos, personalidades frágiles, perjudiciales e instigadoras de formas de vida insanas o aludiendo a aspectos ocultos y peligrosos a los que la sociedad debe reprimir.

Desde esta perspectiva se puede comprender cómo las demandas ilimitadas en torno a este rol continúan teniendo la influencia que tienen en la experiencia personal de las madres. Las consecuencias individuales como duda de sí mismas, secuelas psicológicas, resultan de los altos costos de cuestionar el discurso social. Pareciera que desde cualquier posición esto es inevitable en un escenario en el cual los conceptos de maternidad y mujer se polarizan.

La respuesta posible a este conflicto es una nueva maternidad que surge de la necesidad de resolver la paradoja “o madre o mujer”, por nuevas alternativas que hagan posible “tanto madre como mujer”. Estas alternativas pueden surgir de la re-definición de algunos rasgos y funciones que son vistos como atributos individuales de las madres hacia el espacio relacional, como tarea compartida, que en el ámbito privado es complementada por la acción del padre y en el ámbito público, por las instituciones educativas, sociales y de salud.

El análisis de los procesos históricos del concepto de maternidad muestra la amplitud de funciones que son comprendidas en un solo concepto: procreación, nutrición, corrección conductual, formación moral, formación afectiva, instrucción, por nombrar algunos, los cuales no siempre han sido adjudicados a la madre a lo largo de la historia. Es importante esta distinción, ya que identificar todas estas tareas de crianza con el concepto de madre, les asigna una condición de exclusividad que es propia de la función biológica. La época moderna es una de las que más intensamente tiende a concentrar estas tareas en la persona de la madre, lo que probablemente explica la resistencia que se encuentra en el discurso social a los intentos de flexibilización de esta función.

El tema desarrollado en este artículo si bien se desprende de literatura extranjera entre la cual se cuentan algunos estudios latinoamericanos, deja planteada la necesidad de continuar el análisis en la realidad chilena explorando de qué manera los conceptos tratados en este ensayo se despliegan en la vida cotidiana y la construcción de significados de las madres de este país.

Finalmente, los planteamientos de Ehrenberg (2000) y Gergen (1991) ofrecen marcos desde la sociología y la psicología para analizar algunos fenómenos asociados al proceso de construcción de un concepto de maternidad en la era postmoderna y las dificultades que vive la mujer para adaptarse a las nuevas formas de organización de nuestra sociedad occidental. En términos generales estos autores apuntan a un posicionamiento de la experiencia de maternidad que en otra época fue privada y ahora se da en el espacio público, trayendo nuevos patrones de evaluación y monitoreo de la propia conducta, generando espacios de aprendizaje y colaboración, pero también nuevas exigencias a la acción de las madres. Esto lleva una nueva discusión en torno a la identidad personal, individual, con roles y funciones que ya no están claramente delimitados y una apertura a nuevos espacios de relación que se van

construyendo, llevando a nuevas formas de concepción de sí mismo y de organización de la vida cotidiana.

Se podría plantear que asumir sin conflicto las identidades de madre y mujer, en una época que avanza en la superación de posiciones de inferioridad, desafía directamente al modelo patriarcal apuntando a un viraje hacia formas más solidarias de relación y no basadas en la dominación (Eisler, 1996). Este punto de bifurcación que puede estar viviendo la mujer y la madre de nuestra era, está abierto hacia nuevas posibilidades, pero la dirección que tomemos dependerá de cómo abordemos este proceso. Llevamos una dirección pero avanzamos en lo desconocido.

Referencias

- Araya, C. & Bitrán J. (1995). *Mujer, maternidad y desarrollo profesional desde una perspectiva psicoanalítica*. Tesis no publicada para optar al Título de Psicólogo, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- Badinter, E. (1981). *Mother's love myth & reality*. New York: Macmillan.
- Beauvoir, S. (1970). *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Bertoglia, F. (2004). *¿Quién te dijo que había que querer a los hijos?* Santiago: Catalonia.
- Bowlby, J. (1954). *Los cuidados maternos y la salud mental* (2ª Ed.). Washington: Oficina Sanitaria Panamericana.
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata.
- Burin, M. (1998). *Género y familia: Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Carter, B. (1999). *Who's to blame? Child sexual abuse and non-offending mothers*. London: University of Toronto Press.
- Devereux, G. (1989). *Mujer y mito*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Duby, G. & Perrot, M. (1992). *Historias de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Eisler, R. (1996). *El cáliz y la espada*. Santiago: Cuatro Vientos.
- Flax, J. (1997). Forgotten forms of close combat, mothers and daughters revisited. En M. Gergen & S. Davis (Eds.), *Toward a new psychology of gender* (pp. 311-324). New York: Routledge.
- Fonagy, P. (1997). *Attachment, the development of the self, and its pathology in personality disorders*. Recuperado en Octubre, 2005, desde <http://www.psychomedia.it/pm/modther/probsiter/fonagy-2.htm>
- Fonagy, P. (2001). The human genome and the representation of the world: The role of early mother-infant interaction in creating an interpersonal interpretive mechanism. *Bulletin of Menninger Clinic*, 65(3), 427-448.
- Freud, S. (1910). *Obras completas. Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Contribuciones a la psicología del amor I* (Tomo XI). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gergen, K. (1991). *El yo saturado*. Buenos Aires: Paidós.
- Hays, Sh. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- McNamee, Sh. & Gergen, K. (1999). *Relational responsibility resources for sustainable dialogue*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Montecinos, S. (1993). *Madres y huachos: Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Cuarto Propio-CEDEM.
- Marková, I. (2003). Constitution of the self: Intersubjectivity and dialogicality. *Culture Psychology*, 9(Septiembre), 249-259.
- Piaget, J. (1967). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Seix Barral.
- Piaget, J. (1975). *Los años postergados: La primera infancia*. Buenos Aires: Paidós.
- Rapoport, R., Strelitz, Z. & Kew, S. (1977). *Fathers, mothers and others*. London: Routledge & Kegan.
- Salamovich, S. (2000). Identidad femenina y mitología. En A. Daskal (Ed.), *El malestar en la diversidad: Salud mental y género* (pp. 107-119). Santiago: Isis.

Fecha de recepción: Noviembre de 2005.

Fecha de aceptación: Junio de 2006.